

El memorialismo catalán (1990-2000)

Jordi Amat
Blanca Bravo Cela

La vida, en la dimensión de lo público, implica actitudes y exige concesiones. Una fundamental –no estamos hablando de eremitas ni de exhibicionistas, que de todo hay– es la aceptación de lo dominante: el encaje dentro de los cánones no únicamente de lo tolerado sino de lo bien visto. Se trata, de definitiva, de aceptar las ineluctables imposiciones del presente. Los textos autobiográficos no escapan del yugo que implican los condicionantes de la circunstancia. O sea que en la escritura pesa la coyuntura e incluso se puede llegar a ser víctima de ella. De la primera a la última palabra, el presente ejerce un papel fundamental en tanto que se convierte en un activo modelador del recuerdo. El memorialismo español reciente, da igual que sea de expresión castellana como catalana, gallega o vasca, avanza por una senda explicitada ya en los primeros libros autobiográficos publicados tras la muerte del dictador.

En efecto, la llegada del cambio político modificó talantes y actitudes, exigió novedades y oxigenación. Una innovación fundamental fue la de iniciar la revisión del pasado inmediato. Protagonistas del presente y del ayer se pusieron el mono de memorialista, sacaron punta al lápiz y empezaron a hurgar en el negro pasado de la dictadura desde la perspectiva del yo con la voluntad proustiana de recuperar un tiempo que parecía perdido. Así, a partir de 1975 –momento definido como el de la explosión testimonial– el género empieza una etapa de vitalidad ininterrumpida hasta hoy¹.

Tenemos, en definitiva, un amplio sector de escritores que se dedican a escribir sobre sí mismos. ¿Y qué es lo que recuerdan los autobiógrafos contemporáneos? A estas alturas del siglo quien recuerda debe hacerlo, necesariamente, de los años de la guerra civil, del franquismo y de la transición. Pero ese configurador de identidades que es el baúl donde se almacenan los

¹ Prueba de la buena salud en el caso catalán es que todas las editoriales de envergadura destinan al menos una colección a la edición y reedición de obras testimoniales. Así, contamos con «Biografies i Memòries», de Edicions 62; «D'un dia a l'altre», de Quaderns Crema; «Vides i Memòries», de Editorial Pòrtic y «Memòria», de la editorial Proa. Una oportuna reedición, por ejemplo, han sido dos obras importantes de Teresa Pàmies: *Quan érem capitans* [1974] y *Quan érem refugiats* [1975] recogidas bajo el título de *Memòries de guerra i d'exili* [2000].

recuerdos no es –no puede ser– aséptico. Por eso nos interesa saber cómo se describe el recuerdo histórico, cómo se mediatiza el discurso colectivo para justificar la peripecia personal. En este sentido, ya lo veremos, la elipsis y los silencios se convierten en socorridas figuras retóricas del género y esas ausencias, que existen siempre en este tipo de textos, se refieren, en el caso de nuestro fin de siglo, al imaginario político.

Con la mirada en los textos de hoy, tenemos la impresión –como ya indicó Anna Caballé en su ensayo *Narcisos de tinta*²– de que el capítulo memorialístico que iniciaron a mediados de los setenta Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo y Carlos Barral aún no se ha cerrado. En el caso del memorialismo en catalán, tampoco. Es evidente que se detectan excepciones –pensamos en relatos de infancia limitados a los años republicanos en los que apenas se entrevé la realidad exterior (como por ejemplo las *Memòries d'un nen de Sarrià* [2000] de Jesús Mestres Godes y su recreación costumbrista del barcelonés barrio de Sarrià)–, pero la disidencia franquista en todas sus variantes ideológicas sigue copando el protagonismo de los textos autobiográficos.

Encontramos no tanto la descripción del vivir en el franquismo, sino de la vivencia del franquismo y sus consecuencias en la vida relatada. La diferencia de matiz es clave para nuestro enfoque, puesto que no es la cotidianidad lo dominante, ni la conformación de la individualidad o el escenario de la intimidad lo que nos encontramos. Se trata más de opiniones, siempre exageradas por lo alto o lo bajo, que desembocan en juicios de valor y, por tanto, tomas de posición desde el más puro antifranquismo.

Las veladas actuaciones franquistas de los memorialistas quedan restringidas al ámbito de lo políticamente incorrecto y, en caso de aparecer, lo hacen como demonios vergonzantes. Veámoslo con un detalle concreto. En febrero del 2000, el reconocido economista Fabián Estapé [2000] –activo y escuchado animador de debates televisivos y radiofónicos– veía publicadas sus memorias bajo el título *De tots colors*. El libro, nacido de las conversaciones de Estapé con una profesora de periodismo y traducido recientemente al castellano, abordaba, entre otros aspectos –el Fútbol Club Barcelona o la figura de Josep Pla, temas recurrentes en los libros de memorias catalanas recientes–, la activa colaboración del economista en

² Anna Caballé, *Narcisos de tinta*. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX), Málaga, Megazul, 1995, p. 218. «Las memorias de Carlos Barral, de Laín Entralgo, de Dionisio Ridruejo, serán los primeros testimonios de una nueva etapa de la historia de España, la que se inicia con la muerte de Franco y que hasta el día de hoy mantiene una notable homogeneidad».

los Planes de Desarrollo. La voz irónica, sarcástica e incluso bufonesca domina el libro, pero el tono que impera sufre un paréntesis precisamente al abordar la vinculación del personaje con la política económica franquista. Estapé se ve impelido a introducir una cuña sin parangón en el conjunto del libro que transcribimos y traducimos completa por su relevancia: «Llego con hastío a este capítulo de mi vida, porque sé que son muchos de los que leerán estas memorias que lo esperan, con cierta morbosidad. ¿Cómo podría justificar su involucramiento con el gobierno del general Franco? Ciertamente, la respuesta resulta sencilla, porque, pasados los años, si aun estuviera vivo, habría dado la razón a mi amigo Manuel Sacristán: nunca debería haber sumado mi nombre a la lista de personas que trabajaron para sostener aquella infamia que duró tantos años.» El franquismo, claro está, como demonio.

Es que franquistas catalanes haberlos, los hubo. Recordemos si no lo que escribe irónico el empresario Manuel Ortínez en sus memorias, *Una vida entre burguesos* [1993]: «Se debe tener el coraje de aceptar que el 90 por ciento de los catalanes recibieron con satisfacción el fin de la guerra y la llegada de los nacionales». Ortínez añade como anécdota curiosa que le hizo este comentario a Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat en el exilio, y éste último lo matizó con un febril: «¡El 95 por ciento!» Los franquistas catalanes, decíamos, se abstienen de realizar el ejercicio de la escritura del yo. Lo cierto es que sus nombres se desvanecen y han de ser otros los que den cuenta de este aparente espejismo. Pensamos, por ejemplo, en la brillante biografía de Juan Antonio Samaranch escrita por Arcadi Espada y Jaume Boix o en dos libros recientes, uno tendencioso, *Els franquistes catalans* [1998], de Ignasi Riera y otro erudito e inteligente, *El franquisme i els catalans. Els informes del Consejo Nacional del Movimiento (1962-1971)* [2000], del historiador Carles Santacana. La explicación de ese silencio testimonial es obvia: la autocensura. Si en 1950 los silencios testimoniales escondían banderas tricolores debajo de la cama, los de hoy guardan a menudo en el armario más de una camisa azul.

Los tiros no suenan, lo vamos viendo, al ritmo del dogmatismo. Sean del frente que sean. Un falangista militante durante el primer franquismo como fue Francesc Ferreras construye su brillante autobiografía *Gosar no mentir* [1994] con la voluntad de explicar por qué actuó como lo hizo y, sobre todo, describir su progresivo desmarque hacia tendencias más liberales. Para ello inicia el relato –no sin victimismo– en la celda de una prisión franquista de posguerra. Doscientas páginas después, una vez explicado con detalle el calvario que tuvo que vivir por contradecir activamente las propuestas del régimen, refiere su actividad falangista de juventud. El

objetivo final del libro, como vemos inteligentemente camuflado, no es otro que el deseo de justificación por un error de juventud que, el lector comprenderá, era lógico por el contexto que le rodeó. Es más, lo suyo fue la lúcida inteligencia que le permitió ver la luz en el oscuro panorama impuesto.

La crítica también se produce contra la izquierda desde la misma izquierda. Jordi Solé Tura, personaje que tuvo una indiscutible filiación comunista, no duda en su notable *Una història optimista* [1999] en cuestionar el talante arbitrario de algunas de las decisiones del PC y se desmarca de las posiciones más radicales. Se trataría, en este fin de siglo, de la plena asunción del pacto que supuso la transición. Las mejores páginas del libro son aquellas en las que Solé Tura narra con la brillantez literaria de un escritor experimentado sus peripecias europeas como integrante del antifranquismo (la vida del exilio en París, el día a día de Radio Pirenaica en Varsovia, la ingenuidad y la intransigencia ideológica del PC en el exilio).

Complejísimas relaciones políticas y plurales perspectivas, como vemos, se dan cita en el memorialismo catalán actual. Punto de vista singular es el del cartelista Carles Fontserè. Mientras que en sus *Memòries d'un cartellista català (1931-1939)* [1995] relata la experiencia de la República y la guerra civil desde el punto de vista del dibujante anarquista que debe abandonar el país al fin de la guerra, en *Un exiliat de tercera. A París durant la II guerra mundial* [1999] realiza una crítica radical, no sólo del régimen franquista, sino también de la escisión que protagonizaron los grupos de izquierda que impidieron la realización de su idea de república: la consolidación de una república catalana inserta en un Estado federal.

Recientemente y con éxito aparecieron los *Records de quasi un segle* [2000], del jesuita Miquel Batllori. El libro, nacido de la iniciativa de Cristina Gatell y Glòria Soler, que entrevistaron a Batllori y reunieron las conversaciones en este volumen, presenta la encrucijada a la que se enfrentó Batllori: se debate entre la defensa de la cultura catalana –en contra del régimen castrante de Franco– y su filiación a la Iglesia, en contra de los republicanos más radicales. Humanista refinado, Batllori se autorretrata como un cura liberal y popular, figura que había descubierto tras su estancia en Italia durante los años de la Segunda República española y que después le confirmaría el neorrealismo italiano de películas como *Roma, ciudad abierta*.

Otro nombre destacado del memorialismo catalán reciente es el del empresario peletero Josep Espar Ticó. La trayectoria vital que describen sus memorias *Amb C de Catalunya* [1994] es especialmente significativa: miembro de una familia que se exilió al San Sebastián nacional y que